

Mentiras sutiles

Todos los mentirosos recibirán como herencia el lago de fuego y azufre (Apocalipsis 21: 8).

EN SU SENTIDO MÁS AMPLIO, el noveno mandamiento condena todo tipo de mentira, pero especialmente la que tiene el propósito de engañar para dañar a las personas o su reputación. A veces, cuando en la Biblia se condena el falso testimonio, se menciona también la mentira: «Cunden, más bien, el perjurio y la mentira» (Oseas 4: 2); «Cuando abren la boca, dicen mentiras; cuando levantan su diestra, juran en falso» (Sal. 144: 11).

Se nos dice: «La mentira acerca de cualquier asunto, todo intento o propósito de engañar a nuestro prójimo, están incluidos en este mandamiento. La falsedad consiste en la intención de engañar. Mediante una mirada, un ademán, una expresión del semblante, se puede mentir tan eficazmente como si se usaran palabras. Toda exageración intencionada, toda insinuación o palabras indirectas dichas con el fin de producir un concepto erróneo o exagerado, hasta la exposición de los hechos de manera que den una idea equivocada, todo es mentir. Este precepto prohíbe todo intento de dañar la reputación de nuestros semejantes por medio de tergiversaciones o suposiciones malintencionadas, mediante calumnias o chismes. Hasta la supresión intencional de la verdad hecha con el fin de perjudicar a otros, es una violación del noveno mandamiento» (*Patriarcas y profetas*, pp. 317, 318).

Hay otras cosas que también están incluidas en el espíritu de este mandamiento: «Estas palabras condenan todas las frases e interjecciones insensatas que rayan profanidad. Condenan los cumplidos engañosos, el disimulo de la verdad, las frases lisonjeras, las exageraciones, las falsedades en el comercio, que prevalecen en la sociedad y en el mundo de los negocios. Enseñan que nadie puede llamarse veraz si trata de aparentar lo que no es o si sus palabras no llevan el verdadero sentimiento de su corazón» (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 60).

Meditemos: «Una mirada, una palabra, aun el tono de la voz, pueden estar henchidos de mentira, penetrar como una flecha en algún corazón, e infligir una herida incurable» (*Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 20).

La simulación

El Señor aborrece a los de labios mentirosos, pero se complace en los que actúan con lealtad (Prov. 12: 22).

HAY OTRAS FORMAS DE MENTIR que están condenadas en el noveno mandamiento. Notemos esto: «Ser cristiano ocasionalmente, ser devoto de vez en cuando, es un gran falacia, una mentira viviente» (*Alza tus ojos*, p. 211). Cuando pretendemos ser cristianos y tratamos de engañar a la gente, estamos actuando con engaño.

El engaño y la mentira traen su propio castigo. Durante la conquista de Canaán, ocurrió un incidente interesante que ilustra cómo Dios aborrece la mentira. Una de las ciudades importantes vecinas de Jericó y Hai, era Gabaón. Ante la posibilidad de que fueran conquistados, como ya lo habían sido otras ciudades, los gabaonitas mintieron para hacer un pacto de paz con Israel. Pensaban que los israelitas iban a destruir a todos los habitantes de Canaán. Por lo tanto, enviaron emisarios que aparentaban venir de muy lejos, y de esta manera lograron que los dirigentes israelitas les prometieran que serían sus aliados. Cuando los israelitas se dieron cuenta de que eran gabaonitas que vivían cerca, se llenaron de indignación. El resultado fue que los gabaonitas fueron convertidos en aguateros y leñadores para el santuario en las siguientes generaciones (Jos. 9). Los gabaonitas tuvieron éxito en su misión, pero los resultados de su mentira los persiguieron hasta el fin. Si hubiesen actuado con la verdad, su destino habría sido muy diferente, como estaba delineado en Levítico: «Cuando algún extranjero se establezca en el país de ustedes, no lo traten mal. Al contrario, trátelo como si fuera uno de ustedes. Ámenlo como a ustedes mismos» (Lev. 19: 33, 34). Pero por su mentira cosecharon resultados muy distintos. Notemos: «Ser hechos leñadores y aguadores por todas las generaciones no era poca humillación para aquellos ciudadanos de una ciudad real, donde todos los hombres eran “fuertes”. Pero habían adoptado el manto de la pobreza con fines de engaño, y les quedó como insignia de servidumbre perpetua. A través de todas las generaciones, esta servidumbre iba a atestiguar el aborrecimiento en que Dios tiene la mentira» (*Patriarcas y profetas*, pp. 541, 542).

Verdad mentirosa

*Tal vez sea agradable ganarse el pan con engaños,
pero uno acaba con la boca llena de arena (Proverbios 20: 17).*

PARA REALIZAR UN ENGAÑO NI SIQUIERA tenemos que decir una mentira. Basta solo que se evite decir la verdad con la intención de dañar a alguien. Notemos: «Hasta la supresión intencional de la verdad, hecha con el fin de perjudicar a otros, es una violación del noveno mandamiento» (*Patriarcas y profetas*, p. 318). Es importante que reconozcamos nuestra obligación de decir la verdad cuando se trata de representar a otros: «El noveno mandamiento requiere de nosotros una consideración inviolable por la verdad exacta de cada declaración que pueda afectar el carácter de nuestros semejantes» (*Hijos e hijas de Dios*, p. 66).

Violamos este mandamiento cuando hablamos mal de otros, cuando manchamos su reputación, cuando sus motivos son tergiversados y sus nombres ensuciados. «Este mandamiento también puede ser quebrantado por los que se quedan en silencio cuando oyen que un inocente es calumniado injustamente. Puede ser quebrantado por un encogimiento de hombros o un arquear de las cejas. Cualquiera que desfigura, de cualquier manera, la verdad exacta para obtener una ventaja personal o por cualquier otro propósito, es culpable de dar “falso testimonio”» (*Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 619). Se puede incurrir en una mentira por una palabra, un acto o por el silencio.

«La mentira es uno de los pecados populares de nuestros días; y gradualmente está llegando a ser considerada como digna de respeto. En sus diversas formas, desde la mentira atrevida y evidente, hasta la suave mentira diplomática, se la practica común y universalmente. En sus formas más leves se la considera como un medio necesario de suavizar las situaciones desagradables y se la tolera como manera aceptable de hablar. La habilidad de mentir en forma elegante y convincente es toda una hazaña en el mundo social y político y se la considera como una habilidad necesaria para mantener ciertos cargos» (*Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 751; comentario de Lev. 6: 4).

Meditemos en estas palabras: «La veracidad y la integridad son atributos de Dios y el que posee estas cualidades posee un poder que es invencible» (*En los lugares celestiales*, p. 179).

El color de la mentira

Pero la serpiente le dijo a la mujer: «¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, concedores del bien y del mal»
(Génesis 3: 4, 5).

ENTRE LAS MUCHAS FORMAS DE MENTIRAS, se destacan algunas muy concretas. En primer lugar, tenemos la así llamada mentira blanca. Es la que se dice para salir de una incomodidad, pero que no tiene el propósito de dañar a nadie, salvo al que la hace. Este tipo de mentira, incluso, se usa para ayudar a alguien. Por eso se la llama mentira inocente. Esta clase de mentira es dañina para el que la hace. Crea el hábito de mentir, y lo que primero es inocente y sin mala intención, con el tiempo se convierte en engaño avieso. Cuando Saúl fue confrontado por Samuel después de venir de la derrota de los amalecitas, le dijo al profeta: «¡Que el Señor te bendiga! He cumplido las instrucciones del Señor» (1 Sam. 15: 13). Samuel, por supuesto, se dio cuenta que no había cumplido exactamente.

Tenemos lo que podríamos llamar la mentira atrevida. Es aquella que se dice con la intención de ocultar o ayudar a resolver un mal peor. Es como la mentira de Caifás durante una junta del Sanedrín: «¡Ustedes no saben nada en absoluto! No entienden que les conviene más que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación» (Juan 11: 49, 50).

Luego tenemos la mentira sucia. Es la que se dice con la intención premeditada de perjudicar a alguien, dañar su reputación o presentarlo bajo una luz desfavorable, que más que luz es tinieblas. Es la que dijo Tértulo, abogado judío escogido para desacreditar a Pablo delante del gobernador Antonio Félix: «Hemos descubierto que este hombre es una plaga que por todas partes anda provocando disturbios entre los judíos. Es cabecilla de la secta de los nazarenos. Incluso trató de profanar el templo; por eso lo prendimos. Usted mismo, al interrogarlo, podrá cerciorarse de la verdad de todas las acusaciones que presentamos contra él» (Hech. 24: 5-8).

La diplomacia

Mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el lugar santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto (Hebreos 10: 19, 20).

A MPLIA ES LA VARIEDAD DE FORMAS para mentir y alejarse de la estricta verdad. Otra forma de hacerlo es a través de la mentira diplomática. Es la que se dice para salir de una situación embarazosa, pero que puede ser perjudicial para los oyentes. Es la que se incurre al ocultar la verdad. Es la forma preferida de los políticos y de los que ocupan puestos públicos. Las decían frecuentemente los profetas antiguos, para quedar bien con la política de sus reyes a quienes servían como consultores. Así, lo hizo Jananías en tiempos de Jeremías: «Así dice el Señor Todopoderoso, el Dios de Israel: “Voy a quebrar el yugo del rey de Babilonia. Dentro de dos años devolveré a este lugar todos los utensilios que Nabucodonosor, rey de Babilonia, se llevó de la casa del Señor a Babilonia. [...] ¡Voy a quebrar el yugo del rey de Babilonia! Yo, el Señor, lo afirmo”» (Jer. 28: 2-4). Todo era falsedad y elaborado para quedar bien con el rey y los dirigentes de Jerusalén.

Finalmente, tenemos la mentira teológica. Caemos en ella cuando creemos algo que está en contra de Dios, su naturaleza, su gobierno o su Palabra. Dios es el «Dios de la verdad» (Isa. 65: 16; Sal. 31: 5; Deut. 32: 4). Él no puede mentir, porque es algo que está en contra de su naturaleza (Tito 1: 2). Por eso todo lo que se relaciona con él es verdad. El Hijo es verdad (Juan 14: 6). El Espíritu es verdad (1 Juan 5: 6). Su Palabra es verdad (Juan 17: 17). Su ley es verdad (Sal. 119: 142). Todas las obras de Dios son verdad y rectitud (Dan. 4: 37). Sus planes son de verdad (Isa. 25: 1). Sus juicios son verdad (Rom. 2: 2). Su iglesia es columna y baluarte de la verdad (1 Tim. 3: 15). Cristo vino a dar testimonio de la verdad (Juan 18: 37). Sus seguidores han de llegar al conocimiento de esa verdad (1 Tim. 2: 4). Los que no creen la verdad, sin embargo, serán condenados (2 Tes. 2: 12).

La mentira teológica

Porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos (Mateo 24: 24).

LA MENTIRA TEOLÓGICA SE REVELA EN EL HECHO de despreciar la verdad. Es el rechazo de la verdad divina cuando ésta ilumina la mente. Se incurre en una mentira teológica cuando se rechaza la verdad. Pero no solo cuando se la rechaza, sino cuando se descuida la oportunidad de conocer la verdad a la que Dios nos guía. Observemos: «Dios no condenará a nadie en el juicio porque honradamente haya creído una mentira [...] sino que será porque descuidó las oportunidades de familiarizarse con la verdad» (*Testimonios para los ministros*, p. 444).

Satanás es el padre de toda mentira: «Desde el principio este ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!» (Juan 8: 44). Pero su mentira preferida es la que se dirige contra Dios y su gobierno. Elaboró la primera gran mentira teológica en el Edén: «Pero la serpiente le dijo a la mujer: “¡No es cierto, no van a morir!”» (Gén. 3: 4). En los últimos días orquestará una mentira fabulosa contra el Creador, que será de proporciones colosales: «El malvado vendrá, por obra de Satanás, con toda clase de milagros, señales y prodigios falsos. Con toda perversidad engañará a los que se pierden por haberse negado a amar la verdad y así ser salvos. Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean en la mentira. Así serán condenados todos los que no creyeron en la verdad sino que se deleitaron en el mal» (2 Tes. 2: 9-12). El Apocalipsis se refiere a este gran engaño teológico: «También hacía grandes señales milagrosas, incluso la de hacer caer fuego del cielo a la tierra, a la vista de todos. Con estas señales que se le permitió hacer en presencia de la primera bestia, engañó a los habitantes de la tierra. Les ordenó que hicieran una imagen en honor de la bestia que, después de ser herida a espada, revivió» (Apoc. 13: 13, 14).

No podemos engañar a Dios

*Dichoso aquel a quien el Señor no toma en cuenta su maldad
y en cuyo espíritu no hay engaño (Salmo 32: 2).*

EL MÉTODO FAVORITO de Satanás para mentir es representar mal a Dios y su gobierno y tiene como blanco atacar el carácter de Dios. Sus mentiras favoritas son teológicas, porque a través de ellas obtiene los fines y propósitos que busca y hace que los seres humanos se extravíen y adquieran una imagen distorsionada del carácter de Dios, que los lleve a perder esa relación con Dios que es vital para su salvación.

Pero Satanás usa a los seres humanos como sus agentes para desfigurar el carácter de Dios y difundir sus mentiras. Cuando representamos mal su carácter ante otros, hablamos mentiras de Dios, que es la verdad: «Los cristianos que llenan su alma de amargura y tristeza, murmuraciones y quejas, están representando ante otros falsamente a Dios y la vida cristiana. Hacen creer que Dios no se complace en que sus hijos sean felices, y en esto dan falso testimonio contra nuestro Padre celestial» (*El camino a Cristo*, p. 117). Dios es justo y honesto, pero cuando nosotros que nos llamamos cristianos no lo somos, hablamos mal de él: «Los que profesan seguir a Cristo y comercian de un modo injusto dan un testimonio falso contra el carácter de un Dios santo, justo y misericordioso» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 509).

El Señor no quiere que sus hijos sigan actitudes engañosas. En la tierra nueva no entrarán personas mentirosas: «Nunca entrará en ella nada impuro, ni los ídólatras ni los farsantes, sino solo aquellos que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, el libro del Cordero» (Apoc. 21: 27). Uno de los rasgos notables en la presentación de los 144,000 es que «no se encontró mentira alguna en su boca, pues son intachables» (Apoc. 14: 5). Esto es especialmente cierto de los engaños teológicos de los últimos días, de los cuales ellos estarán exentos.

Meditemos en esto: «Se pueden pasar por alto y ocultar a los ojos de los hombres el engaño, la mentira y la infidelidad, pero no a los ojos de Dios» (*Joyas de los testimonios*, t. 1, p. 510).